



AZUL, VERDE Y ROJO

Carmine Corigliano

AZUL, VERDE Y ROJO



Primera edición: enero 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Carmine Corigliano

ISBN: 979-13-88195-00-6
ISBN digital: 979-13-88195-01-3
Depósito legal: M-2901-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Lydia, una amiga que ha sabido escucharme.

Yo no tomo mi juicio, mirando las estrellas,
sin embargo, me creo un buen maestro astrólogo,

mas no para decir, la mala o buena suerte,
las plagas o las muertes o el clima de un periodo.

Tampoco predecir en breve la fortuna,
diciendo a cada uno, su trueno, lluvia o viento,
o predecir al príncipe si todo saldrá bien,
con frecuentes presagios que yo encuentro en el cielo.

Tan solo de tus ojos dimana mi saber
y en esas dos estrellas, siempre leo tal arte,
que verdad y belleza, florecerán a un tiempo
el día que tú quieras, ser guardián de ti mismo.

Si no, de tí, con pena, esto te pronóstico:
Tu fin será también, el fin de la Belleza.

SONETO 14,
WILLIAM SHAKESPEARE

LOS APUNTES DE GIUSEPPE ALFONSO CARO

Llegado a un punto de su vida, Giuseppe Alfonso Caro comenzó a preguntarse por qué debía sentir vergüenza de las cosas que le habían ocurrido y evitar hablar de ciertos asuntos por miedo a lo que pensara el resto.

¿Por qué razón preocuparse de las opiniones peregrinas de la gente? ¿Acaso evitar mostrarse tal cual era, con las cicatrices que le atravesaban el alma, ofrecería una imagen suya de «hombre fuerte»? Y, sobre todo, ¿por qué sentir que aquellas cicatrices eran malas cuando se las habían provocado otros a él?

Esas inquietudes lo llevaron a escribir en un cuaderno sus reflexiones y apuntes, los cuales terminaban con una cita contundente de Mark Manson y su ley de la retrocesión: «Todo lo que vale en esta vida es ganado a través de superar la experiencia negativa asociada. Cualquier intento de escapar de lo negativo, de evitarlo, aplastarlo o silenciarlo solo resulta contraproducente».

Combatir a la mentira, pensaba Giuseppe Caro, significaba enfrentar toda experiencia negativa y reconocerla. No huir, sino enfrentarla y librarse de la vergüenza. Su vida, lejos de ser extraordinaria, era una réplica de lo que otros y otras habían vivido, y en esa similitud estaba la semilla de lo que él consideraba la base de la verdad.

Una verdad compartida. Una verdad sostenida por «experiencias universales».

Con el espíritu que le quedaba, Giuseppe Caro anotó aquellas experiencias y los consejos desprendidos de ellas, convencido de que podrían servirle al mundo para enfrentarse a la mentira y derrotarla con la verdad, tal y como él lo había hecho.

Por eso parece incomprensible lo que vemos. Por eso es casi inaceptable la imagen de Giuseppe Alfonso Caro, en su casa de Barcelona, pasando una cuerda sobre la viga del techo, ajustándose el nudo en el cuello.

Su cuaderno con apuntes está abierto sobre el escritorio.
Anochece.

4 de abril, 2022

«Una mentira repetida adecuadamente mil veces se convierte en una verdad». Esta idea, atribuida a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del régimen nazi, sigue tan vigente como cuando la planteó, hace poco menos de un siglo. Se sostenía sobre un principio básico: no le permitas a la gente conocer la verdad y la gente pronto sucumbirá a la verdad que tú quieras que conozca.

Pese a ser él quien lo pusiera en palabras para justificar la «solución final» contra los judíos, la idea de establecer mentiras como verdades es algo que se ha repetido a lo largo la historia de la humanidad. Ejemplos hay varios: el cristianismo en la Edad Media, la esclavitud en el siglo XIX, incluso las ideologías capitalista y comunista durante la Guerra Fría. Todo es parte de un mismo método: convencer a las personas mediante mentiras sistemáticas y calculadas; quien detenta el poder siempre será quien establezca qué mentiras emplear, y según qué caso.

Goebbels mismo basó su historia en mentiras: puede leerse en sus diarios que Magda, su esposa, era de origen judío, lo cual convertía a sus seis hijos en semitas. Desde luego, el ideólogo nazi lo ocultó y se encargó de proyectar una imagen completamente distinta para Magda y su prole. El final de la familia Goebbels fue trágico: con Berlín tomado por los rusos, él y Magda envenenaron a sus hijos y luego se suicidaron, en el mismo búnker donde también pasarían sus últimas horas Adolf Hitler y Eva Braun.

No imaginaban que, con el tiempo, esa verdad repetida terminaría diluyéndose, dejando al descubierto la auténtica verdad; y no me refiero al origen judío de Magda y sus hijos, sino a que no había raza aria ni seres racialmente inferiores.

En estos apuntes intento desentrañar la verdad y las maneras de combatir la mentira, su némesis. Y aunque no hay una sola manera —ni dos, ni tres—, intentaré mostráros aquellas que, al parecer, me han dado resultado y

me han permitido, a pesar de los durísimos golpes que he sufrido, salir adelante y mantenerme firme. A fin de cuentas, algo de lo que Goebbels no estaba ente-rado es que hay maneras de enfrentarse a la mentira, maneras de destruirla y acabar con ella, maneras que dependen de nosotros mismos.

Para conseguirlo, sin embargo, es importante entender y aceptar, primero, que hay dos tipos de mentiras: 1. la que ejerces, y 2. la que ejercen contra ti. Y también que, como seres humanos, somos igual de propensos a ambas.

He debido enfrentarme a innumerables dolores y fracasos a lo largo de mi vida, muchos de ellos nacidos de la mentira y alimentados por ella, y si ahora escribo estos apuntes es porque creo haber descubierto algo que merece la pena ser compartido.

Antes, quisiera dejar en claro lo siguiente: no traigo ningún secreto, pues, quien actúa honestamente en defensa de la verdad, podrá salir hasta de la más oscura de las noches. Algo que Joseph Goebbels, desde luego, tampoco sabía.

ANTES DEL DESASTRE

Antes del desastre, Giuseppe Caro era un hombre conforme con su vida. Llevaba veinticinco años casado, tenía dos hijas y, con Sandra, su esposa, era propietario de un piso en la calle Felipe II, desde cuya terraza era posible ver el mar y una parte de Barcelona. Su trabajo como instalador les permitía vivir con cierta comodidad.

Creía, como muchas personas, que la familia que había formado era perfecta, y que la mujer con la que se había casado estaría junto a él toda la vida.

No era católico, pero gracias a un cinismo funcional, se sentía espiritualmente tranquilo. Y, por si fuera poco, llevaba una vida socialmente activa, frecuentando amigos con los que se sentía cómodo para desplegar, tranquilamente, su personalidad extrovertida, dinámica y cómica.

Hacía poco deporte, pero estaba en constante movimiento, de modo que su estado físico se mantenía en los mínimos aceptables.

Había cosas que hubiese querido cambiar, desde luego, pero otras que le gustaban tal y como estaban.

De vez en cuando hablaba con sus hermanos y sus padres, que vivían en Milán, la ciudad donde nació. Se había alejado de Italia y de los enredos morales de una cultura que detestaba, y solo se limitaba a mantener una relación cordial y de cariño con ellos.

En resumen, era la vida de un hombre moderno, en Barcelona, enfrentándose a la rutina diaria.

Y estaba conforme con eso.

Lo estaba.

Hasta que una tarde de octubre de 2018, mientras fumaba en la terraza de su piso en Felipe II y Sandra tendía la ropa en la terraza, advirtió que ella había dejado su móvil sobre la mesita. Sin pensarlo, lo cogió y comenzó a revisar sus mensajes de WhatsApp.

Fue la primera hebra. Y como es lógico, tiró de ella.

6 de abril, 2022

Las mentiras tienen matices. No es lo mismo mentir para conseguir un puesto de trabajo, que mentir para saltarse una invitación a comer. La jerarquización es posible y muchas veces lo hacemos. ¿Quién no ha dicho que el autobús se atrasó, cuando en realidad quien se atrasó fue uno mismo?

Este tipo de mentiras, coloquialmente llamadas «mentiras blancas», no entran en mis reflexiones. El desarrollo humano, básicamente, ha sido posible gracias ellas.

Tampoco quiero hacer una apología de las «mentiras blancas». Para nada.

Solo quiero constatar que existe otra mentira, la Mentira con mayúscula, aquella que arrasa con todo, que destruye y sacrifica; aquella que es incluso capaz de levantar y hacer caer imperios.

Aquella Mentira poderosa.

Aquella Mentira que me golpeó.

Aquella Mentira que le robó la ropa a la Verdad y que se pasea con ella por el mundo. Cuenta la historia que, un día, la Verdad y la Mentira se cruzaron, y después de un cordial intercambio de saludos, la Mentira puso a prueba a la Verdad. Primero con preguntas, luego con propuestas, hasta que la convenció de ir a nadar en el río. Al río, sin embargo, debían lanzarse desnudas, y como en esos tiempos remotos no existía la Vergüenza, ambas se desnudaron y se echaron a nadar.

Hasta el momento, todas las promesas de la Mentira habían sido ciertas. El día estaba hermoso, como ella había dicho. El agua deliciosa, como ella había dicho. La sensación era de relajo, tal como ella había anunciado. Y fue tanta la satisfacción de la Verdad, que, nadando, pasaron tormentas, desbordamientos y sequedades, y ella se durmió en su cauce.

La Mentira, en tanto, salió del río y se vistió con las ropas de la Verdad y la dejó a la deriva, completamente desnuda.

Más tarde, cuando la Verdad despertó y buscó a la Mentira, no la encontró. Difícil era temer lo peor, pues, en esos tiempos tan remotos, aún no existía la Desconfianza, de modo que salió del agua y la llamó. Y la llamó. Y la llamó. Hasta que comprendió que estaba sola.

Buscó infructuosamente sus ropas. Revisó en lo alto de los árboles, en las madrigueras de los conejos, en las raíces de las flores, entre los helechos y las zarzamoras, pero no estaban en ningún sitio. Solo encontró las ropas de la Mentira, pero fue incapaz de vestirse con ellas.

A partir de entonces, ambas se pasean por el mundo de esa manera. Y a causa de ello, al fin nacieron la Vergüenza y la Desconfianza, y también el Dolor, la Tristeza y la Violencia. Porque las personas son incapaces de mirar a la Verdad, se horrorizan al verla pasearse desnuda por los valles y las ciudades.

Las personas del mundo prefieren a la Mentira disfrazada de Verdad, en lugar de la Verdad al desnudo.

Yo entre ellos.

MENTIRSE A SÍ MISMO

Acostumbrado a la Mentira disfrazada, Giuseppe Caro casi se derrumbó al abrir el WhatsApp de Sandra y encontrarse, por primera vez, con la Verdad al Desnudo.

Durante los días siguientes apenas consiguió dormir. Daba vueltas en la cama oyendo a su lado la respiración pesada de aquella mujer que, de pronto, se había convertido en una completa desconocida. Recordó que más de una vez algún amigo o familiar intentó desvestir a la Mentira y mostrarle que Sandra le estaba siendo infiel desde hacía años. Pero Giuseppe Caro no escuchaba. No quería escuchar. Le acomodaba la Mentira disfrazada.

Entre los WhatsApp que vio en el móvil de Sandra aquella tarde, uno llamó su atención. El contacto decía «Carmen», y la foto de perfil era un jardín de flores blancas. Él no conocía a ninguna Carmen. Y estaba seguro de que ella tampoco. Aunque casi de inmediato, se preguntó si sería realmente capaz de saber con certeza quiénes eran o no sus amigas. Giuseppe Caro trabajaba desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, prácticamente no pasaba tiempo con su familia. ¿Podían sus sospechas nacer de su desconocimiento sobre la vida de su esposa?

Leyó la conversación con «Carmen» y se encontró con mensajes de un tono que dos amigas no usarían para relacionarse. Citas de Confucio sobre el amor y el futuro; expresiones de sorpresa y agrado con respecto a esos mensajes; algunos «Te quiero».

El intercambio se remontaba a diciembre de 2017 —año en que pasaron la Navidad en Italia, junto a su familia—, y continuaba

hasta ese día en la terraza, cuando Giuseppe Caro cogió el móvil, les tomó fotos a las conversaciones y luego lo dejó donde estaba y prendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

12 de abril

No es fácil aceptar que la vida que uno se ha esforzado en construir y proteger, ha sido, en realidad, una mentira. En mi caso, aquel descubrimiento me obligó a preguntarme en qué momento dejé de estar conectado a la Verdad; o si alguna vez estuve realmente conectado a ella.

Y me obligó, también, a buscar maneras de combatir a la Mentira, para sanar la herida que dejó.

La primera manera que encontré fue poniéndola en palabras. Es decir, llamar a la Mentira por su nombre; aceptar que fui víctima de una mentira o que ejercí una en desmedro de otra persona.

Puse en palabras, por ejemplo, que nunca fui el hijo que mis padres esperaban que fuera, pese a representarlo entre farsas; o que no era el profesional que mis padres esperaban que fuera, pese a mostrar una falsa imagen; o que el amigo que decía ser mi amigo, en realidad estaba conmigo por interés.

Lo primero es ponerlo en palabras: esto es mentira y debo aceptarlo.

Porque hacerlo es empequeñecerse, para luego, con mucho trabajo, hacerse grande otra vez.

Después de tantos años, hoy me siento así. Y lo primero que hice cuando descubrí la Mentira de mi vida fue ponerla en palabras. «Mi esposa me es infiel», dije, a pesar de la violencia de la frase, de lo terrible que suena.

Cimentaba mi dolor, pero, al mismo tiempo, mi renacimiento.

UN ANIVERSARIO DISTINTO

Giuseppe Caro contrató un investigador privado para descubrir a quién pertenecía realmente el número telefónico de «Carmen». Y la sorpresa fue tremenda cuando recibió los resultados de sus indagaciones: Nicolás Alfonso Laverde, un famoso empresario casado con Carmen Bertrán, la hija de una importante familia española y a quien Sandra conocía desde su infancia.

Sabía perfectamente quién era, lo cual no placaba su sorpresa. ¿Cómo un hombre de esa categoría podía estar manteniendo una relación extramarital con Sandra, su esposa? Sandra no hablaba mucho de sus años de adolescencia, pero a veces, arrobada por momentos de nostalgia o entusiasmada por unas copas de más, soltaba algunas cosas, sin detalles, como si fueran asuntos triviales y no merecieran ser analizados. Así, por ejemplo, Giuseppe Caro se había enterado de que a los quince trabajaba como *gogo dancer* en una discoteca, o que una de las relaciones que mantuvo siendo una chiquilla fue con un muchacho que conoció en Playa de Aro. Evitaba profundizar en aquella historia, pero Giuseppe Caro recordaba muy bien el nombre que había revelado, el único detalle que reveló: Nicolás.

En 2005, cuando llevaban trece años casados, Sandra viajó a Playa de Aro al funeral de un amigo que había muerto de un infarto en Brasil. Fue con su prima, también parte de aquel grupo de amigos. Durante el funeral llegó más gente, familiares y antiguos conocidos, entre ellos, Nicolás Alfonso Laverde. Su infancia y su adulterio, entonces, se conectaron. Los dos mundos de Sandra: su pasado y su presente.

Desde aquel día, retomaron contacto y solo faltó un pequeño chispazo para que comenzaran una relación; una relación que ahora, en el 2018, Giuseppe Caro había descubierto, aunque se lo hubieran advertido tantas veces antes.

Tras la corroboración con el detective, contactó a un abogado experto en divorcios, vía correo electrónico. Él le explicó los pasos a seguir y tomó nota.

Moral y emocionalmente devastado, Giuseppe Caro invitó a Sandra a cenar en conmemoración de su aniversario de matrimonio número 26. Reservó un restaurante italiano, al lado del hospital de San Pau, pero llegaron temprano y fueron a un bar cercano a tomar unos cócteles de aperitivo. Sentados con sus bebidas, cruzaron un par de comentarios ligeros, pero, sobre todo, estuvieron en silencio, escrutándose, como si aquello no fuera una cita, sino más bien una interpellación.

De pronto, Sandra soltó:

—¿Y para qué la cena, Giuseppe?

—¿Cómo que para qué?

—Ya, salta. Ya lo sé. Estás viendo abogados. Dame la hoja y firmo, terminemos esto de una vez —propuso ella.

Giuseppe Caro dejó su bebida en la mesa y se miró las manos. Luego la miró a ella:

—Vamos a cenar, a hablar bien, tenemos muchas cosas que contarnos.

Después de un rato, regresaron al restaurante en silencio. Les atendió el camarero. Pidieron dos copas de vino y una pizza. Los platos y las bebidas llegaron rápidamente.

—¿Cómo sabes lo del divorcio? —preguntó entonces Giuseppe Caro.

—Pues porque tienes todas tus cuentas de Gmail vinculadas y me encontré con los correos de tu abogado en la *tablet* que tenemos en casa. Dame la hoja y dime dónde firmo —repitió ella.

Haciendo acopio del escaso valor que le quedaba, Giuseppe dijo:

—Espera un poco, antes hay algo que me tienes que explicar.

Ella guardó silencio, frunciendo el ceño. Giuseppe cogió su móvil, buscó entre las fotos y seleccionó las que había tomado aquella tarde en la terraza.

—Esto —le dijo mientras sentía cómo empezaban a correrle lágrimas por la cara.

La mano le temblaba tan fuerte que apenas podía sostener el móvil. Casi fue un alivio cuando ella lo cogió y vio las fotos del texto con el nombre ficticio de «Carmen». Su rostro frunciido se congestionó de rabia y se levantó de un salto. Golpeó la copa con la mano y la tiró al suelo. El vino y los vidrios se esparcieron sobre las baldosas negras y blancas. Luego, corrió al baño y se encerró ahí.

A esas alturas, Giuseppe Caro lloraba desconsoladamente. Se levantó y la siguió, pero se detuvo ante la puerta. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué más podían decirse si la copa destruida lo decía todo, esparcidas sus partes por el suelo? Parado fuera del baño, se sentía un verdadero gilipollas. Así que, un poco por amor propio y un poco por falta de recursos, volvió a la mesa, se sentó y esperó hasta que ella salió, caminó erguida hacia donde estaban sus cosas y, sin mirarlo, las cogió y salió del restaurante, dejando tras de sí a un hombre absolutamente derrotado.

20 de abril

En 2016, un equipo de la University College of London, conformado por Neil Garret, Stephanie C. Lazzaro, Dan Ariely y Tali Sharot, convocó a ochenta voluntarios y escaneó sus cerebros mientras estos realizaban tareas en las que debían, obligatoriamente, mentir. Los resultados del experimento fueron publicados en la revista científica Nature Neuroscience, arrojando resultados sorprendentes. La amígdala, una parte del cerebro asociada a nuestras emociones —particularmente aquellas relacionadas con la supervivencia—, se mostraba estimulada cada vez que alguno de los voluntarios realizaba un engaño o mentía con el objetivo de obtener un beneficio. Esa estimulación, no obstante, generaba una sensación desagradable en el voluntario, y, sorprendentemente, lograba hacerla disminuir en la medida que, a esa primera mentira, la seguían otra y luego otra.

Si alguna vez se preguntaron por qué una mentira conduce a otra mentira, la respuesta puede encontrarse en la química de nuestro organismo.

También en el caso de las mentiras blancas.

Toda mentira es asociable a aquel fenómeno cerebral, al funcionamiento de nuestra amígdala en determinadas circunstancias.

Como señala el informe publicado en Nature Neuroscience, el experimento consistía en poner a los voluntarios a adivinar el número de monedas en un contenedor de vidrio y enviar el número por ordenador. Un ejercicio simple, al cual, sin embargo, los investigadores le fueron modificando las condiciones. En una primera instancia, el intento por dar con el número exacto beneficiaba al voluntario y a su compañero. Pero en una segunda instancia, exagerar los números beneficiaba al voluntario en desmedro de su compañero. Entonces, cuando comenzaba la exageración —algo que podríamos considerar una mentira blanca—, la amígdala enviaba una respuesta poderosa, y a medida que las exageraciones se intensificaban, esa respuesta de la amígdala disminuía.

Neil Garret plantea en la publicación que «es probable que la respuesta embotada del cerebro ante la repetición de la mentira refleje una respuesta emocional reducida a estos actos. Esto está en línea con la idea de que nuestra amígdala registra la aversión a los actos que consideramos malos o inmorales. En este caso, hemos estudiado la insinceridad, pero el mismo principio podría aplicarse a la progresión de otras acciones, como los actos de riesgo o los comportamientos violentos».

Entonces, si lo dice la ciencia, ¿cómo podemos detener ese avance progresivo de la mentira? ¿Tenemos la fuerza suficiente para frenar esa bola de nieve que se precipita ladera abajo?

Estoy absolutamente convencido de que sí, en la medida que usemos el poder de nuestra mente.

LA VOZ DE CARMEN

Giuseppe Alfonso Caro salió del restaurante y se echó a andar por las calles de Barcelona. Quería ordenar sus pensamientos y buscar un hotel donde pasar la noche. El clima se había enfriado. Pronto llegaría el invierno. Las luces naranjas de la calle lucían como de montaje. La ciudad era una realidad impostada. O más bien, una gran mentira. Alrededor transcurrían las escenas breves de una obra de teatro: dos viejos depositando sus residuos en los contenedores de reciclaje; autos y motos transitando con la lentitud de un sábado por la noche; un taxista con los intermitentes puestos, recibiendo el dinero de un pasajero que esa noche disfrutará de su jornada libre; una gaviota picoteando los restos de una paloma.

¿Cómo podía ser que su vida estuviera derrumbándose y el mundo a su alrededor continuara actuando con semejante naturalidad?

Caminó sin rumbo durante horas, temiendo siempre lo peor, aunque no supiera exactamente qué podía ser aquello peor. ¿La muerte, acaso? La muerte, a esas alturas, parecía incluso una vía de escape.

En un momento de la noche, sonó su móvil —había olvidado que lo traía en el bolsillo— y la vibración lo regresó por un instante a la realidad. Vio que era Sandra y contestó, e intentó escucharla, pero lo que oía eran solo murmullos de un fantasma de otra época.

Cortó. Y continuó cortándole cada vez que volvió a llamarlo.

Después de varias horas caminando, Giuseppe Caro llegó a la playa, el límite del continente, allí donde el camino acababa y

comenzaba la urgencia por tomar una decisión. ¿Hacia dónde ir?
¿Con quién? ¿Por qué? ¿Para qué?

Con el mar de fondo, decidió regresar sobre sus pasos.

Cuando el sonido de las olas desapareció a lo lejos, encontró un hotel donde pasar la noche. Pagó la habitación por adelantado y, sin quitarse la ropa, se tendió sobre la cama dura y áspera. Volvió a coger el móvil y marcó el número.

Esperó unos segundos.

—¿Hola? —Escuchó al otro lado de la línea.

Era la voz de un hombre y, con sarcasmo, le dijo:

—Hola, Carmen.

Hubo un silencio que duró una eternidad. Fue un silencio extraño, porque Nicolás Alfonso Laverde podría haber cortado, pero no lo hizo, y en cambio, permaneció en línea, respirando como un caballo cansado.

—Ya me enteré de todo —dijo Giuseppe Caro.

Nicolás Alfonso Laverde se demoró unos instantes en recuperarse, y lo hizo con fuerza, defendiéndose:

—¿Carmen? Carmen es mi mujer, no sé de qué hablas.

Giuseppe Caro se sentía como adormecido, y aunque en otras circunstancias hubiese mandado al diablo a ese cojonudo, al final le cortó. Luego permaneció tendido sobre la cama, mirando las grietas oscuras en el techo blanco, como venas muertas.

—Coño —dijo, y se llevó la mano a la frente.

No pegó un ojo hasta que se hizo de día y el sol entró por la ventana, pálido, moribundo.

EXPLICACIONES CON AROMA A MENTIRA

El domingo lo pasó fuera de casa, dando vueltas mientras ordenaba sus ideas.

Durante la mañana, Sandra estuvo llamándolo para que conversaran; estaba convencida de que sus explicaciones tenían algo de valor, de que nada de lo que estaba ocurriendo era como él pensaba.

Al fin, derrotada, le dijo que esa noche se iría a dormir donde su madre; se llevaría a las niñas.

Giuseppe Caro aprovechó para ir al piso, darse una ducha y estar solo. Con suerte, pudo cerrar los ojos un rato.

Al día siguiente, Sandra insistió y volvió a suplicarle que se juntaran a conversar. El descanso le había hecho bien a Giuseppe Caro; se sentía con la energía suficiente para aguantar una tromba de mentiras.

Cuando Sandra llegó no se saludaron. Se sentaron en la sala, uno frente al otro.

—Y qué me vas a explicar —preguntó él, mirándola bien por primera vez. Ella tampoco había dormido y Giuseppe Caro se sorprendió de verla así, demacrada, con dos ojeras profundas y la piel seca, despojos de la belleza juvenil que alguna vez albergó y que, ahora, tanto tiempo después, había perdido por completo. ¿Cómo era posible que aquella mujer que tenía ante sus ojos hubiese llegado a ser la más hermosa que vio en su vida?

Sandra comenzó balbuceando excusas que, a juicio de Giuseppe, eran inverosímiles. Nada de lo que salía de su boca parecía ser cierto. Era como si la Verdad al desnudo hubiera llegado para quedarse. La veía claramente ante él. Tras cada intento de mentira, lucía flamante, inquieta.

Además —y esto Giuseppe todavía no se lo había dicho—, el llamado al número de «Carmen» lo atendió Nicolás Alfonso Laverde. ¿Qué razón tenía para mentirle sobre aquello? La única razón que se le ocurría, desde luego, era ocultarle la verdadera identidad de «Carmen». Y por eso, cuando Sandra juraba y juraba por San Cristina y todos los santos que «Carmen» no era un hombre, a Giuseppe le olía a chamusquina.

Sin embargo, le dio una última oportunidad:

—Quiero una prueba —dijo, interrumpiendo la lluvia de excusas.

—¿Qué prueba quieres?

—Revisemos tu cuenta de teléfono para ver a quién has llamado estas noches.

Al principio, Sandra se opuso. Pero Giuseppe Caro insistió y, gracias a los registros de la compañía de teléfono, consiguió el rastro de llamadas de su celular. Comenzaron por ver con quiénes se había comunicado mientras él vagaba por Barcelona; luego, a quiénes al día siguiente, mientras él intentaba poner en orden sus ideas. Así se enteraron, entre otras cosas, que, mientras estaba en el lavabo del restaurante, había llamado a «Carmen»; y luego, en casa, a toda la familia de Giuseppe en Italia, para convencerla de que no le había sido infiel. También había llamado a su prima. Desde jóvenes, ambas habían cultivado una relación de amistad muy cercana y entrañable, pero también cargada de historias sórdidas y traiciones. Si alguien sabía algo, era ella. De modo que, ante Sandra, en el salón de su piso, Giuseppe la llamó y la puso en altavoz. Cuando la mujer atendió, les advirtió que estaba con Olga, otra amiga de las dos. Giuseppe les hizo preguntas a ambas, con insistencia, mientras Sandra intentaba arrebatarle el teléfono. Hasta que Olga finalmente soltó:

—Dile a Sandra que no me meta en medio de esto.

Y colgaron.

¿Qué otro indicio debía esperar Giuseppe Caro para actuar?
¿Acaso no estaba claro?

Cuando dejó el móvil en la mesita, Sandra comenzó a gritar:

—¡Carmen es una mujer! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?
Te juro que es una mujer.

—Ayer llamé al número y me contestó un hombre.

—¡Es su esposo, coño, te contestó su esposo!

Pero Giuseppe Caro no estaba dispuesto a creerle, de modo que, resignada y agotada, Sandra tomó sus cosas y salió de casa dando un portazo.

